

**Comentario al libro “Un andar por el claroscuro (Apuntes y Anotaciones al margen), de Víctor Manuel Pérez Benítez.**

José-Luis Pérez Fuillerat

Fue el 23 de abril de este año 2021, cuando me llegó este interesante y entretenido libro de mi amigo Víctor. Ya, desde el breve texto de presentación, se anuncia algo así como que “usted, lector, va a visitar una sala de arte variado”: oscuridad al principio, penumbra que permite, no obstante, vislumbrar algo desde una cárcel de dimensiones infinitas, y la erótica final de la luz. Es la filosofía que contiene este libro: “la vida es un andar por el claroscuro”. Diría yo, una vivencia “fictivizada” (S. J. Schmidt), con acuerdos mutuos entre las partes, autor y lectores, para disfrutar del lujo de lo representado/escrito: la literatura en todas sus manifestaciones/géneros.

Y el lector penetra, con mucha curiosidad, en esta “sala de artes variadas” que conforma el libro. No es una sala al uso, con habitaciones rectangulares, sino un único salón, circular, con sus siete estancias/vasos comunicantes, que nos presentan, cada una de ellas, “estampas” diversas, todas creadas con voluntad de estilo. Unas, provenientes de la experiencia y lecturas; otras, de amistades y viajes; pero todas, impregnadas de lirismo, con las que empata el lector, *in crescendo*, conforme avanza en su visita/lectura. Y que, una vez acabada, se da cuenta de que está, de nuevo, en el lugar de partida. Con lo cual, se hace irresistible volver a visitar esas siete estancias, muy bien secuenciadas, en la galería/libro.

Antes de entrar en cada una de estas estancias, el autor nos hace una confesión: “que escribir es siempre una cuestión de frontera”. Es decir, la obra se va haciendo a medida que se avanza. Gabriel García Márquez decía, hablando del “oficio de escribir”, que tardaba mucho más tiempo en pensar la obra que en plasmarla en el papel. Y Víctor Pérez Benítez afirma que “escribir



es aprender lo que no se debe decir”. Quizás quiera indicar que la literatura debe ser también pedagogía, recetas para educar en arte y en humanismo.

**Primera estancia** titulada “*Entre poetas y escritores*”: contiene dieciséis ‘estampas’, entrelazadas por citas y anécdotas. Destaca la erudición del autor, como guía que conoce bien lo que expresa/muestra: la envidia, muy española, parece; la rusofilia y rusofobia experimentada en la visita al Museo Ruso de Málaga; anécdota de la Pardo Bazán con Galdós; elogio de la ciudad de Úbeda (agua, piedra y luz), cuna de Antonio Muñoz Molina; aquellas paradojas de Unamuno respecto del juego de ajedrez; el trío Baroja, Valle Inclán y Unamuno; estos dos hablando muy alto porque Baroja se colocó entre ambos, durante su paseo, etc....

Pasamos a la **Segunda estancia**, que se abre con el título de *Literatura y vida*. Se nos muestra la magia de la creación literaria; el valor del lector, que es el que da sentido a lo que se escribe y por eso es más importante leer que escribir. Pero en esta última labor, Víctor sabe muy bien cuánto hay que releer y corregir antes de publicar. Y como las palabras se llaman unas a otras, discuten hasta que el autor pone orden y las organiza debidamente. Por eso, nos guía hacia los libros y las bibliotecas. Y en estas, una parada, para mencionar elogiosamente a dos personas, Pilar Menoyo y José Luis Ortiz, responsables de la Biblioteca “Emilio Prados” de la barriada de El Palo, en Málaga. Era de esperar que, a continuación, nos invite a contemplar un “cuadro” con la apología del libro: en anáforas continuas, nos hiperboliza la utilidad de los libros: “más necesarios que el oxígeno, el nitrógeno o los gases nobles”, nos dice con léxico propio de un licenciado en Ciencias Químicas, que también es.

El escritor nos muestra en la **Tercera estancia** “*Cosas de oficina*”. Tras su ventana, en este caso no del escritor que se inspira en un horizonte lírico, sino en la visión cotidiana de lo que ve como funcionario cualificado, una trilogía de contraste: mujer, Iglesia y Hacienda que, no obstante, también le obligan diariamente a pensar e inspirarse. La musa es la ciudad, Málaga, con la anécdota de aquellos candados amarrados por amor y desaparecidos, paradójicamente, porque la corporación municipal los considera antiestéticos. Todo esto le produce al autor un ‘tedio’ parecido al que de manera constante nos expone Fernando Pessoa en su “*Libro del desasosiego*”.

Para endulzar un poco el paseo en este “**Andar por el claroscuro**”, la **Cuarta estancia**, nos anima por medio de las palabras, canciones y diálogos con Luis Eduardo Aute y su “*Sexto sentido*”. Un autógrafo de Aute aparece dedicado al autor en la página 89.

Para la **siguiente estancia**, al lector no le hace falta guía. Tiene sus “maletas embaladas” /preparadas, y sigue su recorrido por el interior, el alma del escritor, que elogia la amistad y canta a la Málaga ‘marenga’ con dos haikus muy conseguidos. Uno de ellos en caligrama, cuyo significativo gráfico tiene, como debe ser, relación intrínseca con la jábega cantada: “*sobre la arena / las*

*jábegas varadas / navegar sueñan*". Y el lector reconoce el trayecto que, como amante también de Málaga, valora los boquerones, el Pimpi, el nuevo Paseo marítimo, descritos por el autor.

La **Estancia sexta** no tiene asientos para poder descansar. El ritmo del visitante se hace matemático y *sexalescente*, empatando con el amigo que aparece en la estampa primera: un matemático y poeta, que este comentarista intuye quién puede ser, aunque en el cuadro descrito pone "sin título". Pero esa palabra, *sexalescente*, estoy seguro de que es ocurrencia léxica de mi exalumno de COU nocturno (Instituto conocido como de Martiricos), allá por los años 1971-72 (d.d.C.), Carlos Rodríguez Ipiens ("*Un rayo frío surgió / en tu tibio equipaje / lleno de verde menta.../ /*"), poeta y catedrático de Matemáticas.

El paseo se hace número para el visitante/lector, y mágico por la proporción cuántica 1/137. La estampa que la sigue, es consecuente con la anterior y Gauss oculta su campana para demostrar matemáticamente que "los extremos se tocan". El visitante queda hechizado por los números, pero sigue su recorrido hasta "entusiasmarse" con la **última estampa**, esa que define el sentimiento intenso de exaltación, porque cuando se experimenta es que "se tiene a Dios dentro", según su etimología.

Precisamente cuando el lector/visitante está más entusiasmado, se le invita a detenerse, contemplación activa ante pinturas de artistas conocidos y muy valorados dentro del mundo de la pintura: Dámaso Ruano (q.e.p.d.) y Paco Selva.

Con ellos finaliza la visita a la **última estancia**, *El azar, la vida y la ciencia*. La conclusión final de esta visita/lectura no puede ser más satisfactoria y de empate lírico con el escritor. Cualquier algoritmo, sus reglas no ambiguas, se resuelve con "*Un beso, capaz de curarlo todo*", como reza una de las últimas imágenes de este ameno y bien escrito libro, sin duda **metaliterario**, de mi admirado amigo Víctor Manuel Pérez Benítez.

Y como de escribir se trata, Víctor se ocupa y preocupa en ir conformando lo que se llama "oficio de escribir" que, por otra parte, ha suscitado ensayos y conferencias múltiples. Simone de Beauvoir decía que "el oficio de escribir se aprende escribiendo". Con cuidado, porque Gabriel García Márquez afirmaba que "este oficio se hace cada vez más difícil a medida que más se practica". Las caídas pueden ser mortales si el 'campus' en el que practicamos no es el adecuado.

Para este comentarista, las palabras de Roland Barthes tienen la clave de lo que debe pretender el que escribe literatura ya que "la verdad no se encuentra en el individuo, sin en el coro". Quizás quiera decir que la verdad ha de coincidir con el mundo. Con el mundo deseado, claro. Y en este sentido, García Márquez, dentro de su declarado pacifismo activo, predicó, con acierto, cuál ha de ser la misión del escritor: "adecuar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico".

Pero otro diluvio está apareciendo hoy en las lenguas vivas (en inglés es problema menor por la ausencia de género gramatical): la controversia exclusivo/inclusivo; masculino/femenino, como géneros gramaticales y no como indicadores siempre de diferenciación entre sexos.

Cuando hace unos días este comentarista vio/oyó por televisión que, tras el aplauso a la actuación de una cantante, alguna de las asistentes (no asistentas) decía a voz en grito “¡brava!” (**interjección** castellana, gramaticaliza como ¡bravo”, equivalente a...¡ muy bien!), apagué inmediatamente el aparato y me retiré para tomar entre mis manos “*Un andar por el claroscuro*” y anotar, al margen, con Víctor Manuel Pérez Benítez, que “*todo en el arte de escribir es un problema cognitivo de lo que se puede decir y lo que no*”. De lo que se puede/debe decir y lo que no. Pues eso.

Con el debido respeto, plagio a Blas de Otero y también “pido la paz y la palabra”.

Málaga 3 de mayo, Día mundial de la libertad de prensa, 2021.